

## Cromañón y el reflejo de un país a media sombra

Agotados los muertos lejanos de la catástrofe asiática, los medios vieron alterada la modorra navideña por fotos que mostraban la cercanía de una calamidad argentina. El mes pasado las tapas trocaron la frivolidad habitual por la asfixia y el dolor de los unos y las opiniones de los otros. El verano encontró a algunos actores sociales buscando su lugar ciudadano. Medios, empresarios, políticos, ciudadanos apenas si pudimos hacer algo más que arrojar sendas acusaciones sin que hasta hoy hayamos podido dar cuenta de la diferencia entre responsabilidades y culpas.

El poder que se asigna el cuar-



to lugar en las instituciones democráticas estuvo muy ocupado en lanzar admoniciones, como si estuviera por fuera de una sociedad que recién ahora empieza a preguntarse por las salidas de emergencia. Cromañón se convirtió en una sección fija en casi todos los medios, y fiel a su etimología, se incorporó al lenguaje cotidiano para recordarnos que el estado salvaje también prolifera en las sociedades organizadas. En medio de la confusión, la prensa se proclama portadora de la única verdad, entonces la sociedad les

organiza marchas fotogénicas para ver si los gritos, a fuerza de mostrarse en TV, van a ser escuchados. A un mes de los hechos, los héroes de la tragedia han vuelto, silenciosos, a ser los bomberos, los policías, los enfermeros de siempre, que trabajan en las mismas condiciones miserables de antes.

La palabra empresario vuelve a usarse en lugar de la de mercachifle, y es difícil distinguir a uno de otro. Por su parte, el rubro *Boliches y bailantas* parece minimizar una actividad comercial por demás lucrativa, que hoy delata la precariedad extrema con la que siguen haciendo negocios, aseguradoras, contratistas, y tantos otros. Nadie sabe dónde empezó la cadena de favores que apuró los errores que estamos lamentando. Nadie sabe quién debería haber controlado qué. Mientras tanto, la palabra negocios sigue siendo el eufemismo que algunos usan para ocultar las trampas, poniendo toda la actividad empresarial bajo sospecha.

La política vernácula, por su parte, sigue más preocupada por las percepciones que por los hechos y sólo parecen responder a la amenaza de la caída de imagen. Así, ante cada probable decisión, recurren a expertos que prescriben el ineludible análisis clínico de la opinión pública. Y la solución que se les ocurre es seguir participando de una campaña perpetua a la que parecen condenados como Sísifos encadenados a las urnas permanentes. En esta lógica, la gestión es apenas algo hay que hacer para ganar las próximas elecciones y a nadie se le ocurre otra idea que plebiscitar lo que debe ser enjuiciable. Mientras tanto, los poderes institucionales siguen

diluyéndose ante la mirada escéptica de una sociedad que no sabe qué esperar de la ley y la justicia, pero que ya va aprendiendo que hay que buscar soluciones más maduras democráticamente que pedir que se vayan todos. Porque en nuestra historia reciente ya se fueron muchos, pero todavía cambió poco.

No hay duda de que los sucesos golpean en el punto más sensible de la anatomía del poder porteño. Podrían haber sido las muertes del tránsito indisciplinado, de los inseguros transportes públicos, de algún otro avión no debidamente controlado. Pero no. Les tocó al rock y a la cultura joven, que tan fácilmente arrancan los auspicios y las adhesiones del municipio que se jactaba de ser el más aventajado del país (y que todavía sigue haciéndolo desde un derroche de piezas publicitarias que hablan *bien* de Buenos Aires). Les volvió a tocar a los jóvenes, que como pasó con Patagones, nos vuelven a enfrentar a la discusión de qué estamos haciendo con ellos. Y por ellos.

Después de un mes, la ley natural del agotamiento noticioso propicia la amnesia selectiva de la sociedad que trata de vencerse de que las cosas, ahora, van a ser de otra manera. Los días pasan y el balance muestra más opiniones que decisiones. Debe hacer falta algo más que juicios iluminados y justicias retroactivas para evitar que cada nueva desgracia sea más grave que la precedente.



**Adriana Amado Suárez**

Directora de la Licenciatura en Comunicación social de la UCES